

Océanos de posibilidades.

Imaginábamos tierra, pero cuando esta aparecía, el camino a seguir era el mar abierto. "Ay, estar a la deriva!"- esta frase nos indica una intensidad dinámica que aun hay que comprender. ¿Cómo nos podemos poner a la deriva? ¿Cómo perdernos en los no-lugares del pensamiento? El océano encierra circunstancias posibles para la producción de crisis. Embarcarse en el impulso de completar algo es un viaje sin final. Es una deriva empujada por la libertad de devenir extraños para con nosotros mismos.

Ultramar- la tierra mas allá del mar- fue para los cruzados del medievo el espacio mediador entre el yo y el Otro, un lugar peligroso, informe y transitorio pero repleto de atracciones. Para nosotros, el potencial no está en tierras del más allá a las que viajamos, sino que el potencial está inscrito en el medio que usamos para desplazarnos, el potencial está en el océano. Los mares cálidos constituyen pues nuestros océanos de posibilidades.

Los objetivos de los marineros durante siglos, fueron la mercantilización, la conquista y la colonización, pero olvidamos que nuestros ancestros gelatinosos, anteriores a nuestras formaciones calcáreas, emergieron de las mismas aguas turbulentas. Ya que algunos modelos de pensamiento recientes han sido comparados con la metáfora del organismo y la turbulencia manipulados por las leyes del mercado, nuestro interés nos empuja a saltar de las redes para caer al mar de nuestra propia producción, un mar que escape al control, arrastrados por una corriente turbulenta del mezo-océano.

Interrogar las posibilidades de devenir otra persona, desestabilizar el propio yo es parecido a viajar mas allá de las fronteras de tu propio territorio. Fruto de una separación forzosa, en una zona de aislamiento, buscamos estimular los sentidos a través de conversaciones con los demás.

El Robinson de Michel Tournier nos habló de la necesidad de otras personas para salvarnos de nuestra tendencia a sufrir alucinaciones: " Sé que la tierra que hay bajo mis pies debe de ser pisada por otros congéneres para asegurarme de su misma existencia".

No es ni perderse en uno mismo ni perderse en los demás, sino desarrollar una subjetividad radical a través de un proceso autoimpuesto de crisis y rechazos... "Ya no somos nosotros mismos...han salido en nuestra ayuda, nos han inspirado, nos han multiplicado".

Este impulso hacia el otro es también una construcción geográfica, al igual que necesitamos a la otra persona necesitamos también otro lugar, un lugar fuera de nuestra estática tierra cercada.

Los sistemas sociales que por inercia imponen su orden sobre los espacios potenciales para devenir, desatan actos tempestuosos de recomposición. Debemos vivir en contradicción y desarrollar actos comunes (y lenguajes comunes) para luchar de forma colaborativa para desestabilizar y confundir todo aquello que se construya contra nuestros intereses.

"La turbulencia se desvía del equilibrio y el principio del vórtice es el ángulo mínimo de inclinación. El hecho que la vida interfiera en el orden del mundo significa literalmente que en primer lugar, la vida es turbulencia" Michel Serres.

Así como Serres habla de la turbulencia de la vida como algo inicial, los ciclones y huracanes que azotan los mares cálidos pueden ser perpetuos comienzos. Los estados de contradicción y turbulencia propios de la tierra, sus sistemas volátiles, pueden enseñarnos a movernos dramáticamente por sus ciénagas, obstáculos y filiaciones.

Estos movimientos ciclónicos se dan en aguas subtropicales o tropicales en las que las aguas exceden los 80°F. Son masas de energía poderosas, giratorias, vertiginosas que miden de 200 a 300 millas de diámetro, los vientos que soplan en su centro pasan velocidades de 74 millas por hora, y contienen zonas de calma y baja presión conocidas como su ojo, rodeadas éstas por nubes en movimiento llamadas “eyewall”, nubes de lluvia. Estas nubes devienen lluvias torrenciales y vientos violentos. El ojo, a su vez, funciona como un motor catalítico que genera la energía de la tormenta. Cuando el huracán azota la tierra trae con él vientos severos y copiosa lluvia que cae durante horas. Su capacidad de producir energía equivale a 200 veces la capacidad mundial de producción de energía.

Estas tormentas afectan a todo el mundo, de forma voluntaria e involuntaria, más allá del control y el consentimiento. En las tormentas la agencia de todas las personas, de forma activa y pasiva, se inicia. De esto deducimos que la tormenta se hace en todas las personas, y es en estos casos en los que una lucha significativa puede darse. Debemos servirnos del poder de la tormenta para navegar a través de los océanos de posibilidades, para diseñar un vehículo que nos conduzca por nuestro viaje a través de la crisis constante.

Una imagen: dos puntos de tierra unidos por cableado de acero que cruza las aguas. Una barcaza el doble de larga que de ancha, dos de sus extremos elevados penden de una polea, metal y madera, en movimiento, atravesando los dos puntos de tierra. Por motivos económicos, motivos de tráfico marítimo o por motivos prácticos que tienen que ver con la necesidad de diseñar una estructura permanente, estas dos lanzas de tierra similares permanecen ostensiblemente separadas y tan solo están vinculadas por el viaje intermitente del puente flotante. Nietzsche habla del hombre como puente, un puente que ayudará a la humanidad a superarse, “el hombre es algo que debe ser superado”. En estos momentos, el postulado del sujeto es precisamente el del puente flotante, un ente estúpido que oscila entre la objetividad y la subjetividad. Queremos ser una isla flotante arriesgándonos a padecer los peligros propios de encontrarse o inventar territorios inexplorados, capaces de elegir nuevas alianzas con ensamblajes tan extraños como podemos ser nosotros mismos.

Un Robinson náufrago, en las orillas de lo desconocido por la máquina generativa de la tierra, buscando un medio para escapar, dejó de percibir el mar como una masa fluida para verla como una “superficie dura, superficie de goma, sobre la cual pudiera andar y saltar si quisiera”, o incluso empezó a imaginárselo como “la espalda de un animal maravilloso”.

Desancla, embárcate en este viaje azotado por un desequilibrio dinámico. El pensamiento abstracto nos puede proveer de nuevos vehículos que nos transporten a estos mundos posibles.

En este sentido, el vehículo es el viaje constante a través de este espacio desconocido en el que puede que toquemos tierra sin, en momento alguno, desear hacerlo. La relación delirante que tenía Robinson con el mar puede ayudarnos a ver posibles formas de viajar. ¿Cómo construir un puente flotante libre de ataduras que usa la propulsión de la tormenta para moverse? La solución es pensar el océano como si fuera un navío, e imaginar el puente flotante como un organismo vivo. No hay que pensar en un puente construido por el hombre con troncos sino entenderlo como algo hecho por el océano mismo. Lo llamaremos el *vehículo ciclónico*

Por Craig Martin, Anthony Iles y Manar Zarraoug.
Traducción Jaron Rowan